

bajo de las manos no tiene nada que envilezca; cualquiera que sea, la intención lo levanta, el deber lo ennoblece. No es el género de trabajo el que puede rebajar al hombre, es la manera con que se ejecuta; todo trabajo es honrado, si está bien y honestamente desempeñado.

Pensamientos, máximas y proverbios.

1. Al que nada hace, nadie le debe nada.
El que solo ve trabajar á los otros, los verá comer y no comerá.
2. Es una vergüenza pedir á los demás lo que se puede uno procurar por sí mismo.
La ociosidad degrada; el trabajo ennoblece.
3. El trabajo hace á las gentes honradas, á las familias prósperas y á los pueblos poderosos.
Educar á los niños, es darles las costumbres y el gusto por el trabajo.
4. El trabajo es bienhechor de la humanidad y padre de la civilización.
5. El trabajo acorta los días y acrece la vida.
(Diderot).
6. El que no hace nada no tarda en hacer mal.
La tierra inculta se cubre de hierbas nocivas.
7. Los días bien empleados hacen las noches apacibles.
El trabajo da reposo y salud.

8. No hay fastidio que el trabajo no disipe, no hay pena que no sepa dulcificar.

9. No hay oficios necios sino gentes necias.

Por humilde que sea un trabajo, fácilmente se percibe si ha sido hecho con inteligencia y conciencia.

DIÁLOGO 8º

LA IGNORANCIA Y LA PEREZA.

PROGRAMA—*Tened vergüenza de la ignorancia y de la pereza.*

—¿Qué diréis de un hombre que poseyendo bellas y buenas tierras las dejara sin cultivo.

—Diría yo que es negligente y perezoso....

—Y que no es digno de poseer bienes de que no saca ningún partido. Y bien, si todos los hombres no tienen bellas y buenas tierras, en cambio traen al venir al mundo un fondo de otra naturaleza y de un precio inestimable; este fondo está en ellos, y no depende sino de ellos el darle valor. ¿Comprendéis de qué os quiero hablar?

—Sí, señor: del espírita.

—Eso mismo; todos tenemos facultades, inteligencia, razón, memoria; y si, por falta de cultura, dejamos estas facultades debilitarse y perderse, somos inexcusables, culpables, no merecemos llevar

el título de hombres; porque, en fin, ¿en qué es el hombre superior á los animales? ¿Acaso por la fuerza, por la agilidad, por la flexibilidad, en una palabra, por las cualidades del cuerpo?

—No, señor; hay muchos animales más fuertes, más ágiles, más flexibles que el hombre.

—Si pues estimamos nuestra dignidad de hombres, si queremos conservarla, es preciso desarrollar las facultades intelectuales y morales á las cuales debemos nuestro rango. Pero no solamente como cuestión de dignidad hacia nuestros semejantes, sino por que el hombre inculto, el ignorante permanece en el grado más inferior de la escala social; no puede elevarse; está condenado á vegetar triste y miserablemente, á ser objeto de compasión, de desdén y aún de desprecio. Y ¿sabéis por qué, hoy sobre todo, no se le perdona ya á un hombre quedarse en la ignorancia?

—Sí, señor; porque de él depende instruirse.

—Bien. La instrucción se le presenta bajo todas formas. En otro tiempo la ignorancia podía tener una excusa; era necesario ir algunas veces bien lejos á buscar los medios de instruirse; á veces también las escuelas y los maestros faltaban. Hoy cada municipalidad, cada aldea tiene su escuela; no tiene uno ya que cambiar de lugar, se encuentra la instrucción á su alcance, á la mano; es necesario verdaderamente no querer para no adquirirla. Hay más: ¿la instrucción es, como en otro tiempo, puramente facultativa?

—No, señor; se ha hecho obligatoria.

—Bien. De manera que, el que se encapricha en permanecer en la ignorancia, no solamente es culpable para consigo mismo, sino que lo es respecto á la sociedad que le hace de la instrucción un deber; se rebela contra las leyes de su país. ¿Por qué pues nuestros legisladores han hecho la instrucción obligatoria?

—Porque un hombre instruído es más útil á su país.

—Bien: á su país, á sus padres y á sí mismo. Hay pues un triple interés en que la instrucción se imponga á todo hombre, á todo ciudadano; el de la sociedad, el de la familia y el individual. Si se puede, en rigor, ejercer un oficio manual sin instrucción, sin ésta no se cumplirá con los deberes de ciudadano. El que tiene derecho de sufragio debe estar en estado de escribir su nombre en su cédula de voto; debe conocer las instituciones de su país; debe poder darse cuenta por medio de la lectura, del valor de los hombres que solicitan las funciones electivas, y de los intereses nacionales ó locales que los elegidos tienen por misión defender. El hombre que no sabe ni leer ni escribir, está á merced de los otros; no puede juzgar con conocimiento de causa; no puede formarse por sí solo una opinión; no sabe lo que se le dice, y no puede ni verificar ni probar la exactitud de los datos que se le dan. La instrucción es pues útil para el ejercicio de todos los oficios, de todas las profesiones, y necesaria para el ejercicio de

los derechos cívicos. ¿El hombre iletrado no es toda su vida como un niño? ¿no está constantemente obligado á tener que recurrir á los demás?

—Sí, señor; hasta para leer los rótulos de las tiendas, ó los números de las casas.

—¿No es humillante no poder, por decirlo así, ni dar un paso sin tener necesidad de pedir un servicio y de exponerse á las burlas ó la compasión de las gentes? ¿No es triste no poder bastarse á sí mismo y vivir bajo la dependencia de otro? ¿Acaso no es penoso no poder recibir cartas sin que otro las lea, ni escribirlas sin ayuda de una mano extraña? ¿No es vergonzoso, cuando se necesita firmar una acta civil, verse obligado á confesar en público que no se sabe escribir, y quedar reducido á trazar con mano vacilante una simple cruz en vez de firma?

—Sí, señor; es una vergüenza.

—¿Un obrero puede ejercer su oficio sin útiles?

—No, señor.

—De la misma manera, sin la lectura y la escritura no podría uno instruirse. La lectura y la escritura son los útiles indispensables para el que quiera saber. ¿Todos los hombres no tienen el deseo de saber?

—Sí, señor.

—¿Todos los niños no son curiosos?

—Oh! sí, señor.

—Quieren saberlo todo; agobian á sus padres con *¿por qué esto? ¿por qué aquello?* ¿De dónde viene pues, que á pesar de su curiosidad natural, muchos niños se quedan en la ignorancia?

—Es que no trabajan.

—O, en otros términos, es que son perezosos. Ahora, bien, en este mundo, nada se tiene sin pena; y la instrucción es el fruto del trabajo. Los conocimientos útiles no entran por sí solos en el espíritu; es preciso esfuerzos para adquirirlos y retenerlos. El niño se debe pues sonrojar de la pereza, si no quiere sonrojarse algún día de su ignorancia.

Sin duda hay un género de curiosidad que es fácil de satisfacer; no se tiene necesidad de grandes esfuerzos de atención ni de voluntad para recoger los ruidos que corren, los dices, las nuevas del día, los chismes, los discursos maldicientes ó malévolos, que forman el objeto principal de las conversaciones ordinarias; pero esta curiosidad fútil y vana, ¿es instructiva?

—No, señor; no enseña nada.

—Nada más que *nadas*. ¿Qué es pues lo que debe uno esforzarse por aprender?

—Lo que se nos enseña.

—Es decir, lo que os es necesario saber para conducir bien en la vida, y lo que os es útil para ejercer convenientemente una profesión ó un oficio cualquiera. ¿No es verdad que en torno vuestro, todo contribuye á solicitar vuestra curiosidad natural? Sí; ya sea que mireis á vuestros pies, hacia adelante ó sobre vuestras cabezas, todo os invita á aprender; el suelo que hollais, el aire en que se verifican multitud de fenómenos admirables ó terribles, el cielo que abre á vuestra imaginación perspectivas infinitas.

tas. ¿Existe algo en la naturaleza que no se haya hecho objeto de una ciencia ó de un arte? ¿La ciencia á su vez no ha producido maravillas?

—Sí, señor: los buques de vapor, los caminos de hierro, los telégrafos, los teléfonos.

—¿Se puede ver pasar un tren á todo vapor, sin experimentar el deseo de saber cuál es la fuerza irresistible que lo arrastra y qué mecanismo lo dirige y lo arregla?

—No, señor; es imposible.

—¿Puede uno enviar un telegrama sin que desee comprender cómo se ha podido poner á nuestro servicio este invisible y misterioso agente llamado electricidad?

—No, señor.

—No, jamás, en ningún tiempo la curiosidad del espíritu humano ha sido provocada con más fuerza y atraída en más direcciones. Solamente la estupidez puede quedarse aún indiferente é ignorante.

Entre tantos objetos que se disputan la atención del hombre, hay uno que ofusca á todos los demás; ¿sabeis cuál es?

—No, señor.

—Pues es el hombre. No hay otra cosa más importante y más difícil de conocer. El hombre, su naturaleza, sus facultades, su destino, he ahí el conocimiento que todos debemos pretender adquirir. *Conócete á tí mismo*, ha dicho un sabio hace largo tiempo; ¿qué entendía él por eso?

—Que nos debemos aplicar para conocer nuestros defectos.

—Bien, á fin de corregirlos. Pues si es bueno conocer la naturaleza humana en general, es mucho mejor conocerse á sí propio; esta es la condición de toda mejora moral. ¿Podemos y debemos ver con indiferencia la historia de la humanidad?

—No, señor, puesto que formamos parte de ella.

—Pero ¿no hay todavía una parte de la humanidad que debe interesarnos mucho más?

—Sí, señor; la Patria.

—He aquí, entre muchos objetos, sobre cuáles debemos dirigir los esfuerzos de nuestro espíritu. Habiendo tantas cosas tan grandes y tan bellas que conocer, sería absurdo é indigno de nosotros dejar extraviada nuestra curiosidad natural sobre nada.

Resumen de la lección.

—Trabajad, aceptad tareas, que son los fondos que menos faltan, dice á sus hijos el labrador de La Fontaine, y con mucha razón; porque, á falta de fortuna, todos traemos al nacer un fondo de gran valor: nuestro espíritu, nuestras facultades. Si queremos que produzca, es necesario cultivarlo y la cultura del espíritu es la instrucción.

—Muchos animales nos son superiores en fuerza, en agilidad, en destreza; pero nosotros lo somos en inteligencia; solo nosotros tenemos la conciencia y la razón. Los animales siempre hacen todo de la misma manera, porque obran por instinto; solo nos-

otros podemos obrar mejor; en fin, somos capaces de progreso.... Pero ésta no se obtiene sino por medio del trabajo. Si queremos pues conservar nuestra dignidad de hombres, nuestro deber es desarrollar las facultades intelectuales y morales que forman nuestra superioridad.

—El hombre inculto apenas está arriba de las bestias, está abajo de los demás hombres, en el grado más inferior de la escala social; es con frecuencia menos útil á sus semejantes que ciertos animales.

—En otro tiempo la ignorancia podía tener excusa, porque no había bastantes escuelas, y era preciso pagar la instrucción primaria; hoy es inexcusable, pues las escuelas abundan y la instrucción se da. El que se queda en la ignorancia lo hace por su culpa; es imperdonable.

—Es culpable para consigo mismo, para con su familia y para con la sociedad; se rebela contra las leyes de su país que le hacen de la instrucción un deber.

—Si el legislador ha querido que la instrucción sea obligatoria, es porque ella pone al hombre en estado de servir mejor á su patria y de ser más útil á sí mismo y á los demás.

—Un hombre sin instrucción, no puede llenar convenientemente sus deberes de ciudadano; porque para estar al tanto de los negocios de su país, es necesario saber leer, y para ejercer el derecho de sufragio, es preciso poder escribir, con mano propia,

sobre una cédula de voto los nombres de los candidatos que se prefieren.

—El iletrado es toda su vida como un niño; no puede dar un paso sin verse obligado á pedir algún servicio; no puede leer sino con los ojos de otra persona, no puede escribir sin ayuda de una mano extraña. Sujeto á la dependencia de otro se engaña sin cesar; y es objeto de desdén y compasión.

—No solamente debemos instruirnos para asegurar nuestra independencia y para evitar humillaciones sin número, sino también para satisfacer las aspiraciones más nobles de nuestra naturaleza. Todos tenemos la necesidad innata de comprender y de aprender; esta curiosidad natural, es solicitada por todo lo que nos rodea; por la naturaleza y sus espectáculos, por la ciencia y sus maravillas, por el arte y sus obras maestras y por la sociedad y su organización. Para un hombre digno de este título, la ignorancia es un sufrimiento continuo; pesa sobre él como una noche tenebrosa; pero disipando estas tinieblas, apareciendo poco á poco la luz á su alrededor, la instrucción le dulcifica y embellece la vida, le proporciona mil goces y le preserva del fastidio.

—Pero entre todos los objetos dignos de nuestro estudio, el más importante es el hombre. “Conócete á tí mismo,” decía un sabio de la antigüedad; y en efecto, el conocimiento de sí mismo es la condición de todo progreso moral.

—Si debemos procurar conocernos, y conocer

nuestras facultades, nuestra naturaleza y nuestro destino, no podemos ser indiferentes á la historia de la humanidad y, en ésta, á la historia de nuestro país.

—Así es que, la naturaleza, la ciencia, el arte, el hombre, la historia, he ahí los grandes objetos hacia los cuales debemos dirigir nuestra actividad intelectual; no es uno hombre, cuando ignora todo lo que interesa á la humanidad; no es vivir, yacer en la ignorancia vergonzosa.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Dejad hablar á los tontos: el saber tiene su precio.—(*La Fontaine*. Lib. VIII, 19).
2. El espíritu es un patrimonio; dejarlo inculto es querer ser pobre.
3. Si entre los seres el hombre ocupa el primer lugar, lo debe á su inteligencia; la ignorancia es una abdicación.
4. Todo se pierde, salud, fortuna, honores; solo la instrucción no se puede perder.
5. La instrucción es una fuerza que nos eleva; la ignorancia es un peso que nos hace descender.
6. Hoy como siempre es necesario comprar el alimento del cuerpo; pero hoy el alimento del espíritu se da, y esa es la honra de nuestra época.

7. En otro tiempo se compadecía al ignorante; hoy se le censura y desprecia.

8. Instruirse es un triple deber: para con la sociedad, para con la familia y para con nosotros mismos.

9. Permanecer en la ignorancia, es renunciar al ejercicio de los derechos de ciudadano.

10. El ignorante camina á tientas, como un ciego; sus ojos están abiertos, pero no ven.

11. Cuando pasa un tren á través de las praderas, los bueyes levantan la cabeza y lo ven asombrados, inquietos: es la mirada de la ignorancia.

12. Ser hombre, es querer aprender y comprender.

13. Para el ignorante, todo es misterio; el sol ilumina sus ojos, pero su espíritu se queda en las tinieblas.

14. No saber nada del hombre y de la humanidad, es no ser hombre; no conocer la Francia, es no ser francés.
